

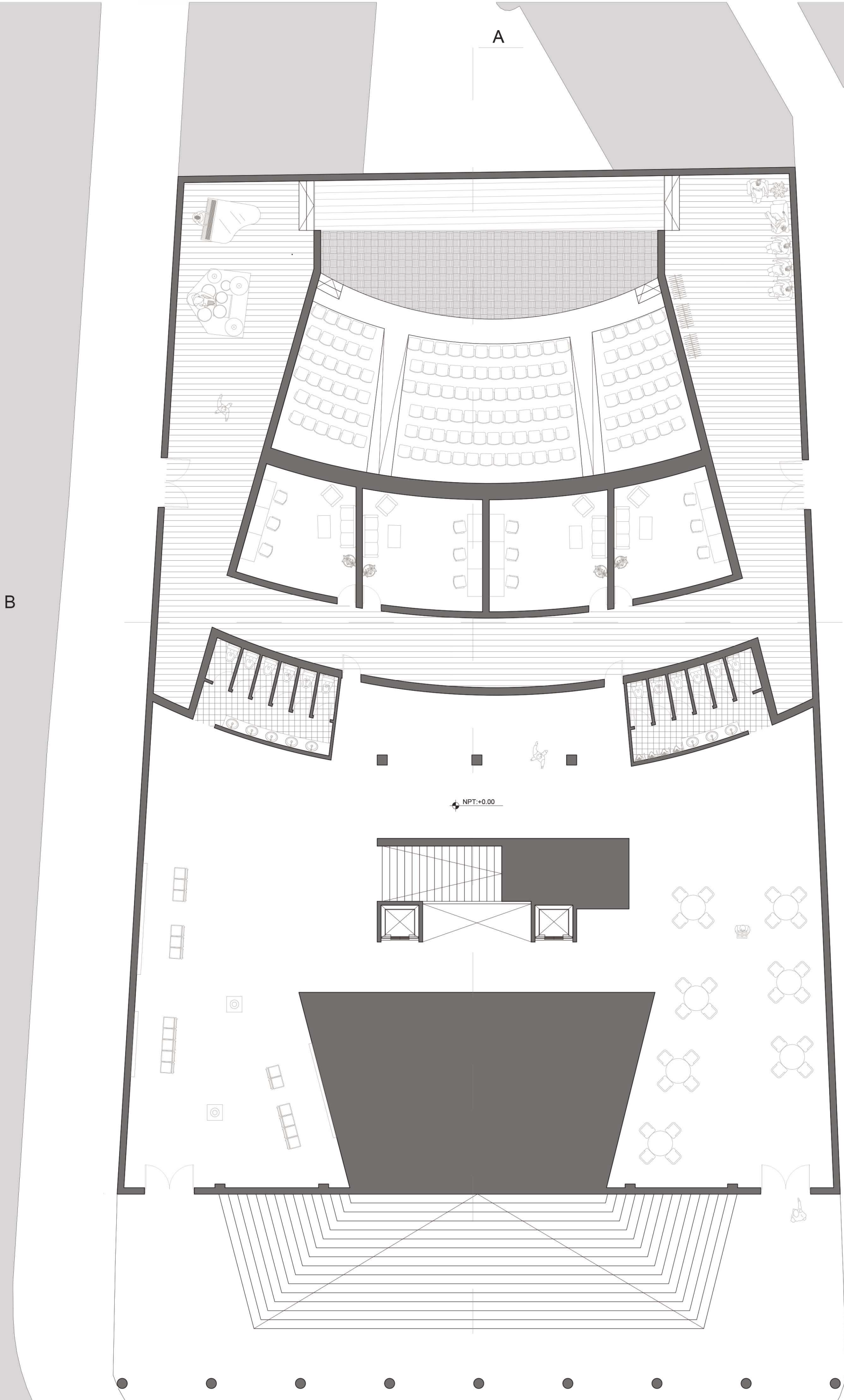
EL CONSERVATORIO DE LA MURALLA

ETIENNE DUMARTIN

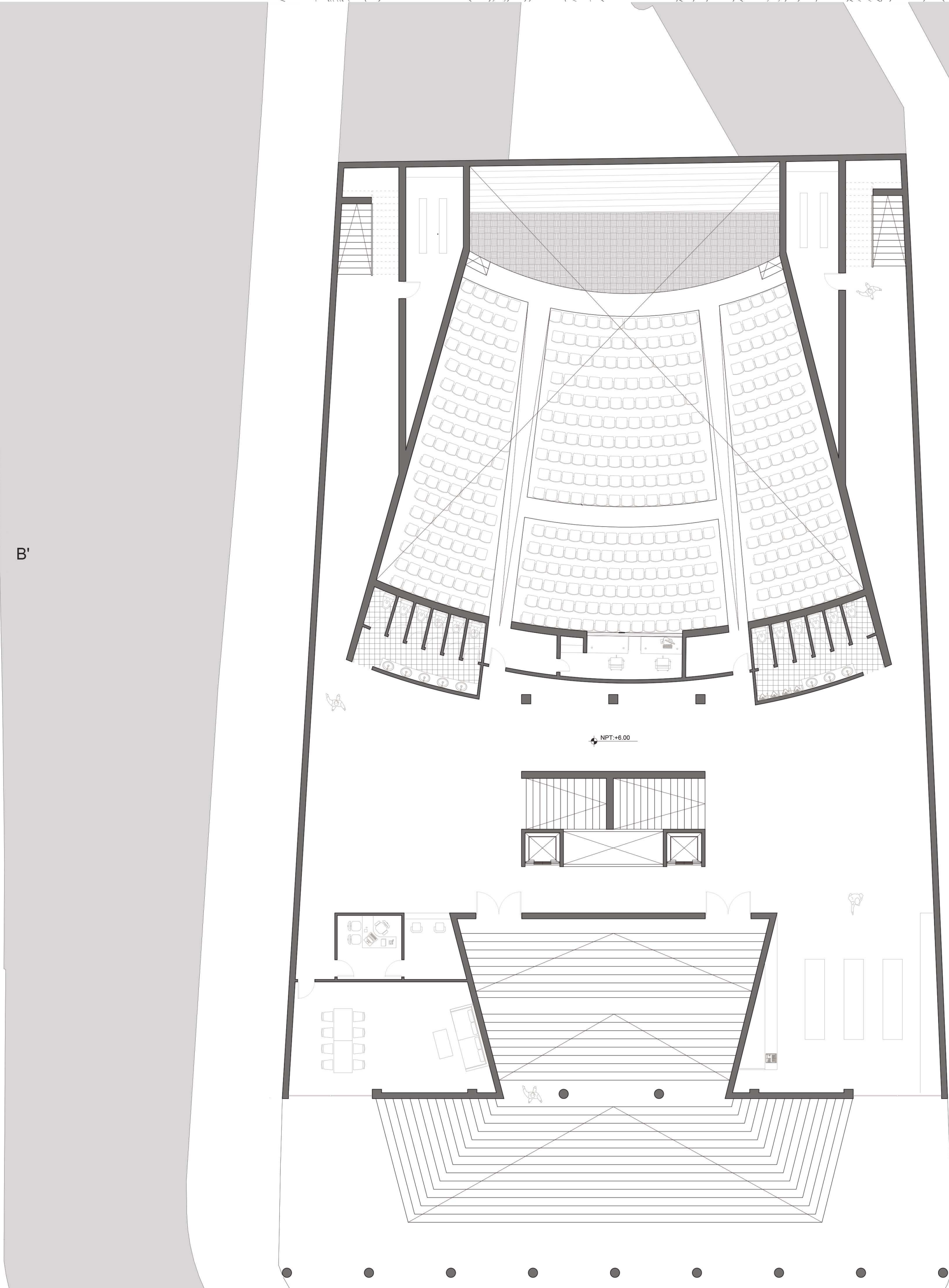
Hay, en el corazón de Zaragoza, una vieja muralla romana.
No dice nada. Espera.
Frente a ella, se alza un nuevo edificio.
Un auditorio, un conservatorio.
Un lugar para oír, aprender, respirar arte.
La entrada se hace por una gran escalinata de piedra.
Asciende lentamente. Pesa. Anuncia.
Es una entrada monumental, porque el pasado lo exige y el lugar lo merece.
Dos accesos más discretos se abren a nivel de calle.
Están pensados para todos. Para los artistas. Para las sillas de ruedas.
Para quienes pasan en silencio.
En la planta 0, habita el mundo invisible.
Las bambalinas, los camerinos, los accesos técnicos, los rincones secretos.
La escena se prepara aquí.
El silencio se organiza. El arte se fabrica.
En la planta 1, todo se abre.
Aquí entra el público. Descubre. Asciende.
Está la recepción. Una sala común. Una pequeña tienda.

La entrada a la gran sala.
Y el atrio, un vacío central atravesado por una escalera.
Asciende recta. Alta.
Un lucernario la acompaña, atraviesa todo el edificio.
Es la columna vertebral del lugar. Su aliento.
Más arriba, las plantas 2 y 3 acogen las salas de música y las de danza.
Las de danza se sitúan en la fachada, frente a la muralla.
Necesitan luz, espacio, espejo.
Las de música, en cambio, guardan más calma.
Sus ventanas son estrechas, altas, protegidas.
La acústica es la norma. La luz viene después.

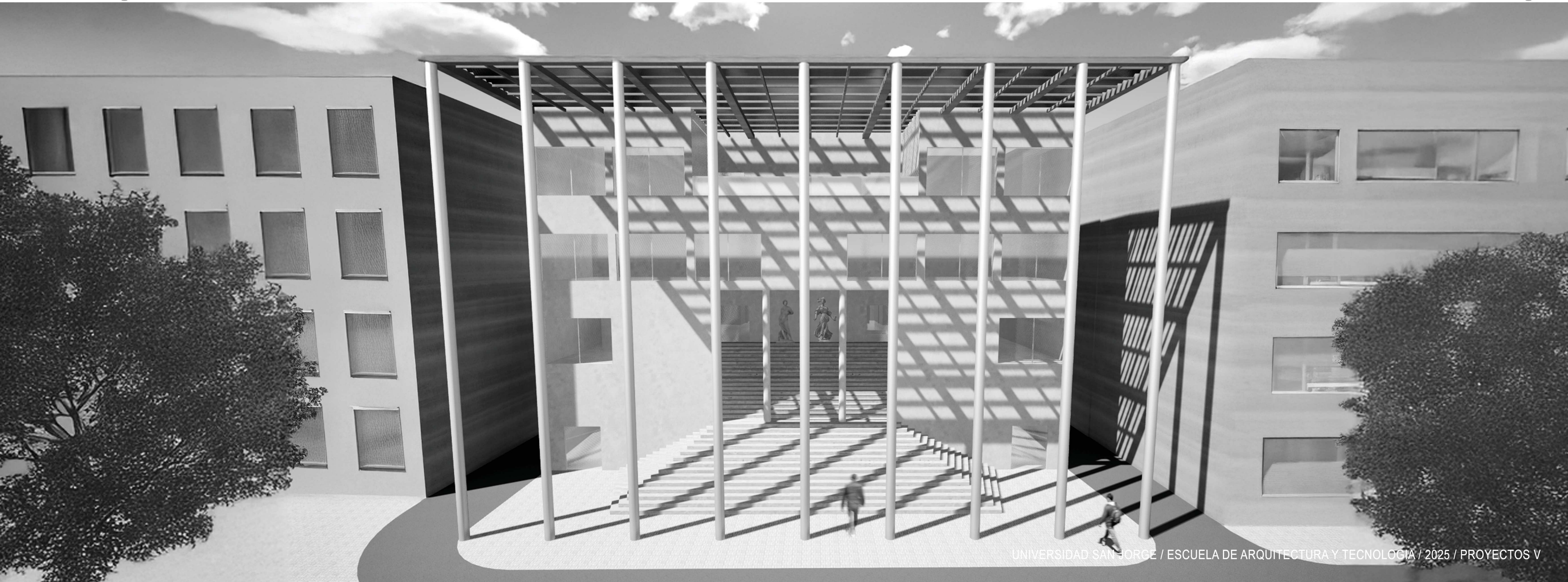
PLANO DE EMPLAZAMIENTO E: 1/2000



PLANTA CALLE E: 1/150

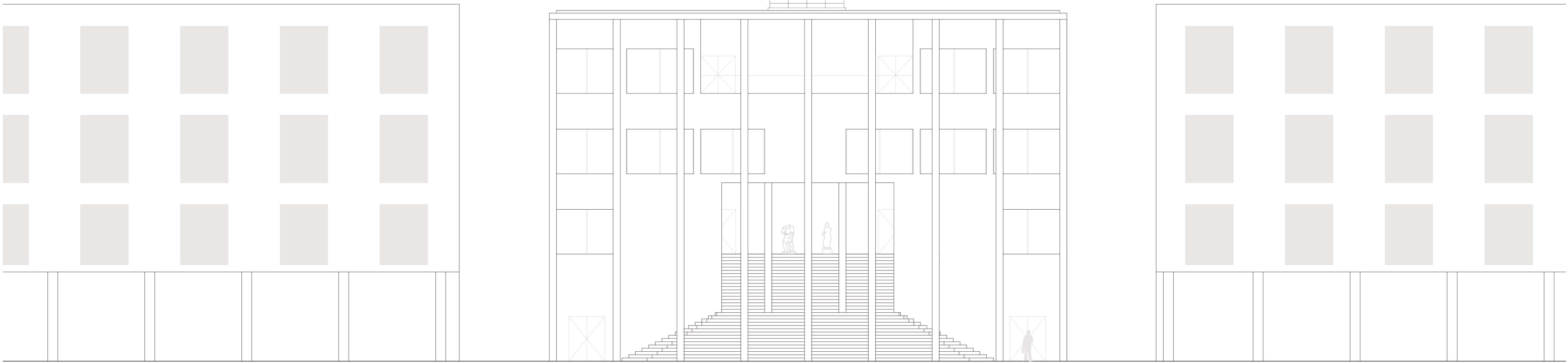


PLANTA NOBLE E: 1/150

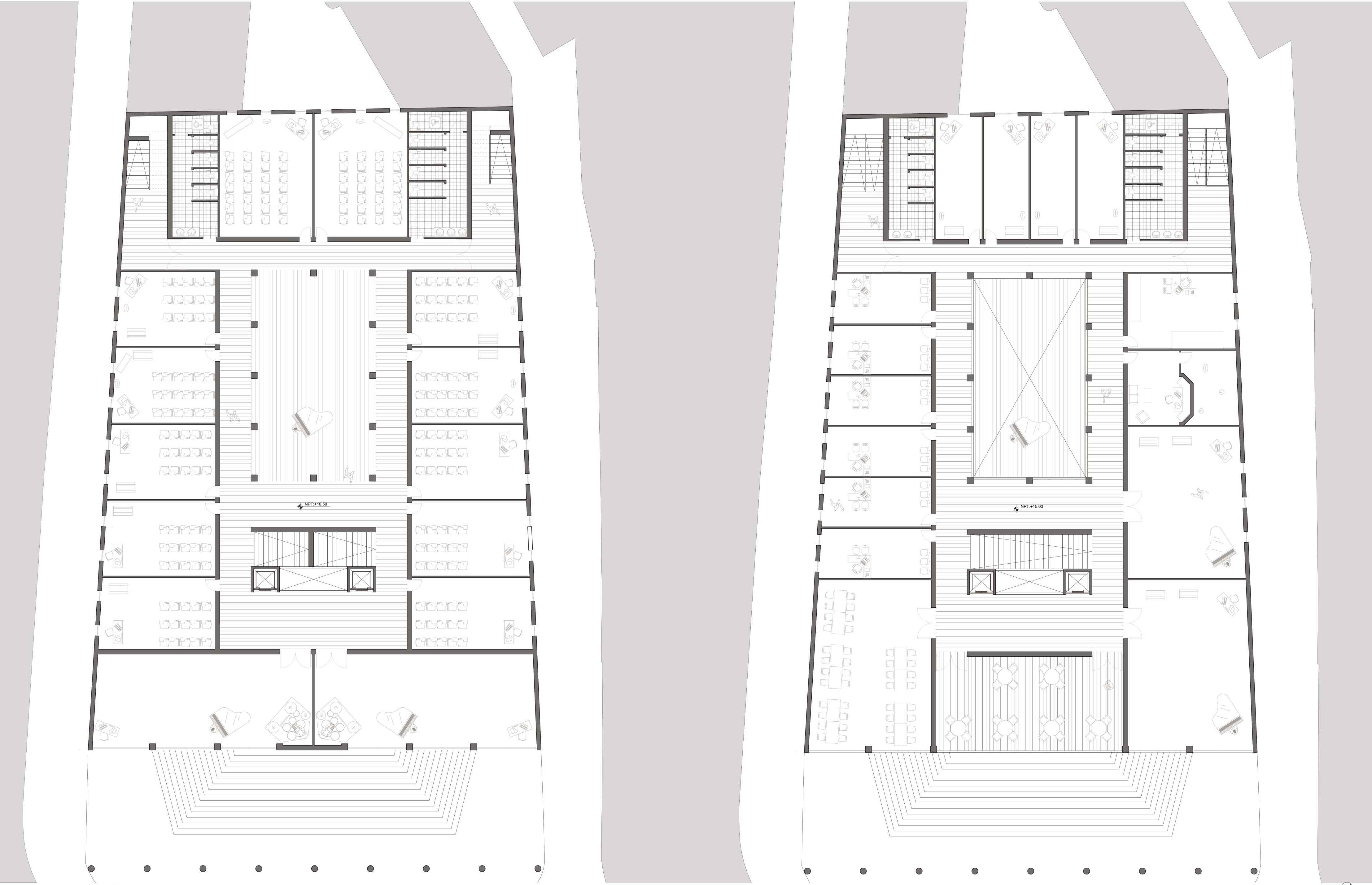


EL CONSERVATORIO DE LA MURALLA

ETIENNE DUMARTIN

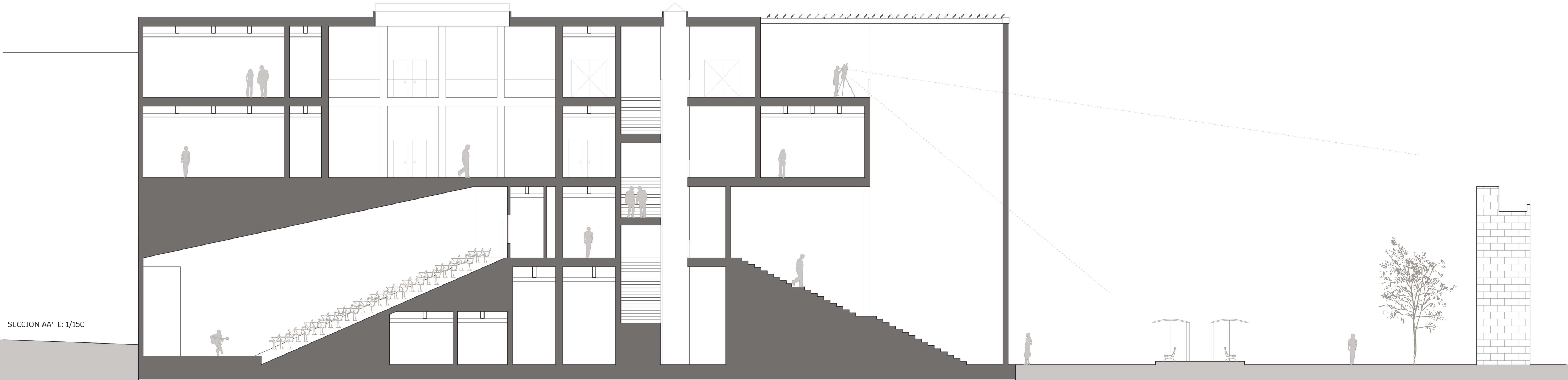


ALZADO PRINCIPAL E: 1/100



PLANTA SEGUNDA E: 1/150

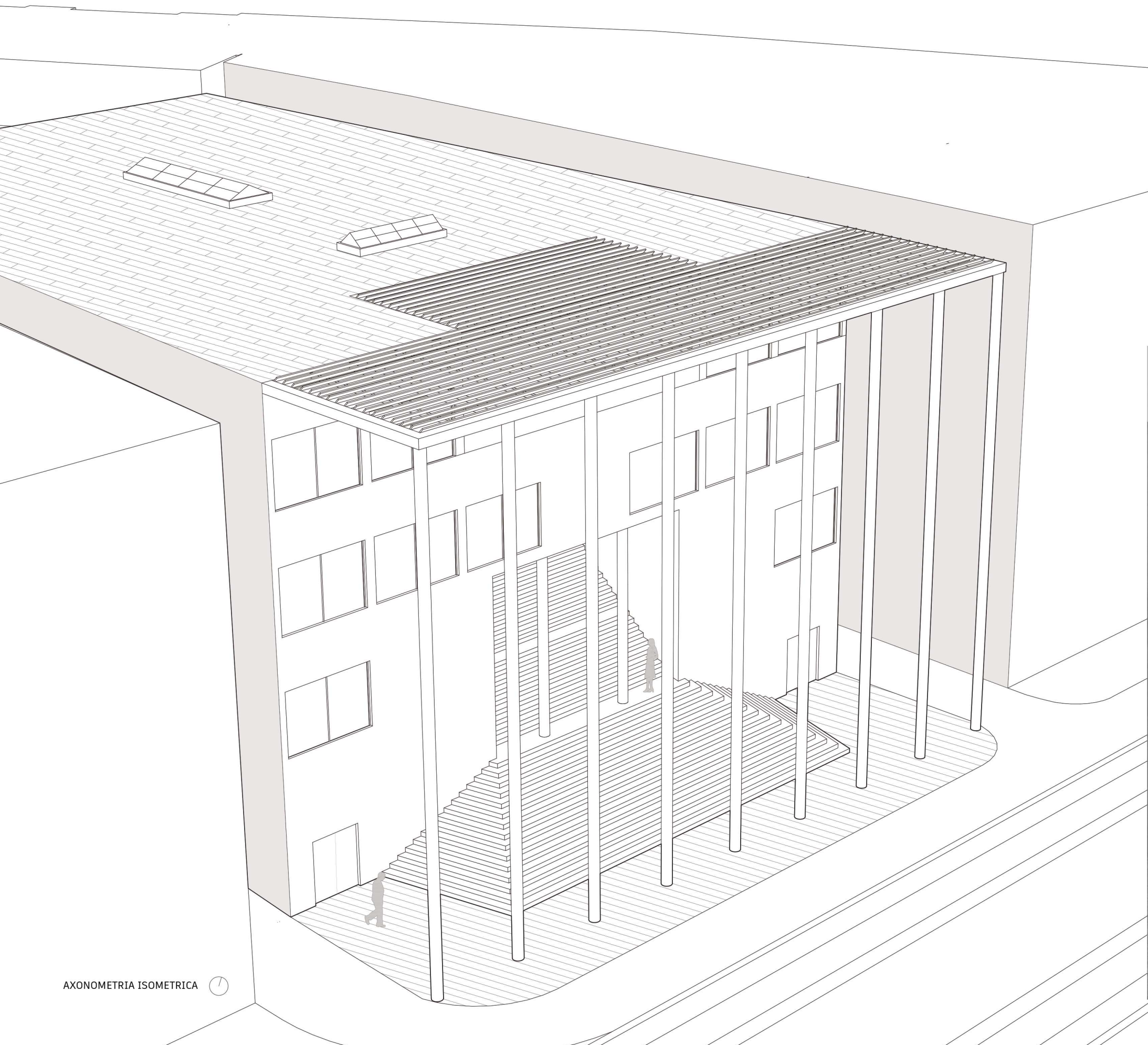
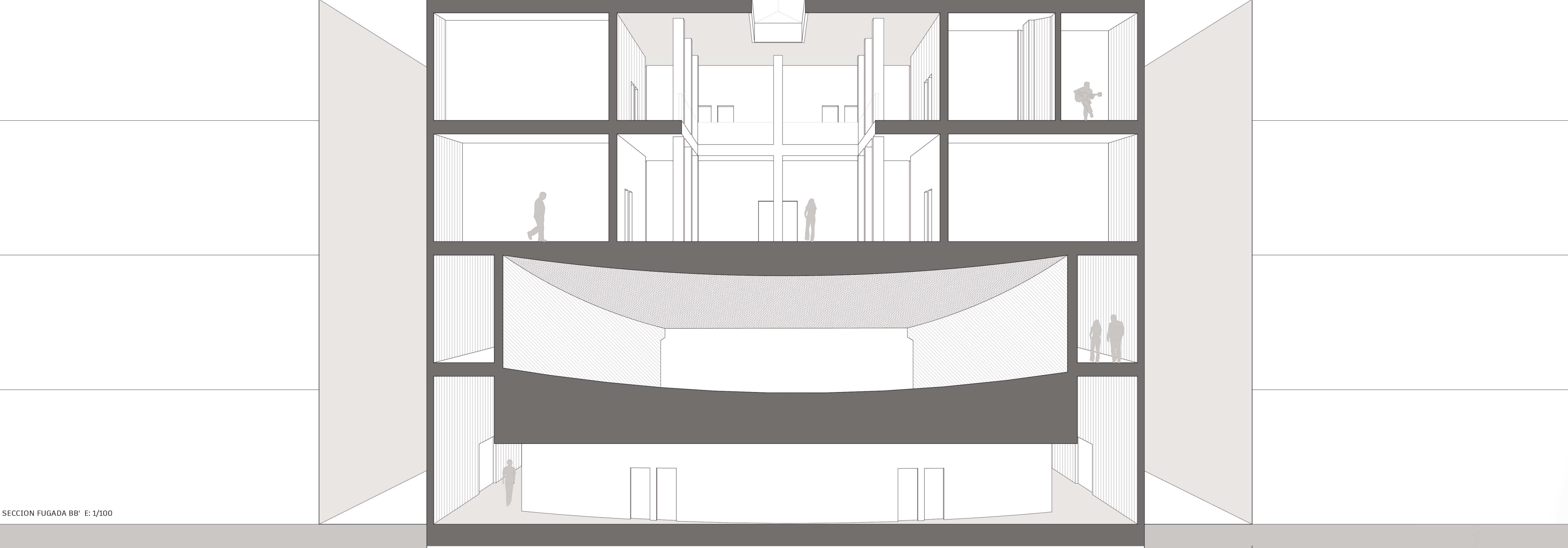
PLANTA TERCERA E: 1/150



SECCION AA E: 1/150

EL CONSERVATORIO DE LA MURALLA

ETIENNE DUMARTIN



En el interior, en el centro, un segundo atrio se eleva en dos niveles.
Sostenido por pilares.
Recibe luz desde un lucernario en la cubierta.
En medio, podría colocarse un piano. O nada.
Está ahí para respirar. Para cruzarse. Para vivir.
Y por fin, la última planta. La cuarta.
Despachos, más salas.
Pero sobre todo, una terraza.
Un mirador.
El edificio se abre hacia la ciudad. Hacia el pasado.
Mira la muralla. Le responde.
No quiere imitarla. Quiere dialogar.
Arriba, una pérgola metálica flota sobre la cubierta.
Prolonga la arquitectura del Carré d'Art de Foster.

Sus lamas filtran la luz.
Protegen la terraza. La entrada. El tiempo.
Son sostenidas por una línea de pilares en la fachada.
Ellos también hablan romano.
El hormigón sostiene la estructura.
La piedra natural viste la fachada.
Los suelos son de mármol.
Los techos brillan con un aluminio claro, tensado, acústico.
Es un edificio para los días de luz, y para las noches de concierto.
Un edificio que mira la Historia sin nostalgia.
Y que avanza, sobria y firmemente, tras ella.

